

Cartas de París al "Heraldo,, en 1842.

CARTAS DE PARÍS AL «HERALDO» EN 1842

PARÍS, 24 de Julio.

La muerte del Duque de Orleáns, cuyos pormenores habrán ustedes leído extensamente en todos los periódicos, ha sido la mayor de todas las desventuras para la augusta familia que ocupa el Trono de Julio, una catástrofe para la Francia, y un suceso de la más grave trascendencia para la mayor parte de las potencias de la Europa.

La más respetada de todas las señoras, la más popular entre todas las Reinas, la más amorosa entre todas las madres, ha perdido al hijo de su amor y de sus entrañas; el más previsor entre todos los Reyes, el más prudente entre todos los hombres, el Príncipe que, siendo el más afortunado de todos, se había precavido más contra los golpes de la fortuna, ha visto desaparecer en un solo día, en una sola hora, en un solo instante, y pisando ya el borde de su sepulcro, todas sus ilusiones y todas sus esperanzas; y aun así y todo, la Francia y la Europa no podrán menos de rendir un homenaje de admiración y de respeto á la entereza de corazón, á la fortaleza de ánimo con que este desventurado Príncipe mira en la tarde de su vida el eclipse de su estrella.

Si mi ánimo, al dirigir á Uds. esta carta, fuera describir lo que tiene de patético este grande infortunio, bosquejaría aquí el doloroso cuadro de una familia de Príncipes y Reyes rodeando un pobre lecho, aposentado en un pobre hogar y

siguiendo paso á paso un carro fúnebre con las frentes inclinadas por el dolor, con los ojos llenos de lágrimas, con los corazones henchidos de tristeza y envueltos los pies, que no habían pisado sino alfombras, en el polvo del camino. ¡Terribles vicisitudes de las cosas humanas! ¡Asperas mudanzas de la suerte! Ayer todo contribuía á enaltecer á los Príncipes; los enaltecían con sus mercedes la Fortuna, con sus adoraciones los pueblos: hoy todo contribuye á humillarlos, y no parece sino que la Fortuna está vendida á las revoluciones. Pero repito que no ha sido mi ánimo, al dirigir á Uds. esta carta, entrar en consideraciones de esta especie. Otras llaman más poderosamente mi atención, y á ellas debo consagrar estas líneas.

La revolución de Julio estaba representada por la dinastía de Orleáns, que era su hechura á un tiempo mismo y su apoyo. En vano la revolución, frenéticamente orgullosa aquí como en todas partes, quiere hacer creer á la Europa que subsistía y subsiste por su propia virtud, y que su salvación está confiada á sus fuerzas; la verdad es que la revolución de Julio no ha encontrado gracia á los ojos de la Europa sino á favor de su dinastía. La Europa hubiera preferido el Trono legítimo; tuvo la prudencia de contentarse con un Trono; pero no hubiera sido bastante resignada para ver con ojos serenos la abolición de la Monarquía, y hubiera privado á la Francia del agua y del fuego si la Francia hubiera llevado su delirio hasta el punto de proscribir toda la raza de sus Reyes. La revolución triunfante conoció instintivamente esta verdad en el momento de su triunfo; por esta razón levantó un Trono en nombre de la *necesidad*, y no en nombre de sus *principios*: la idea de la Monarquía no pertenece á la familia de las ideas revolucionarias; un Trono es su *contradicción*, y no puede ser su *consecuencia*.

En todos tiempos, pero señaladamente desde la revolución de Julio, puede afirmarse con razón que la Monarquía es la fortuna de la Francia. ¡Cosa singular! La Monarquía es una necesidad tan absoluta, tan imperiosa, que hasta sus enemigos

necesitan para vivir de su amparo. Las revoluciones, cuando se vuelven locas, la destruyen, pero se suicidan; cuando obedecen al instinto de su conservación, la aborrecen, pero la confiesan. Esa institución sublime, sin la cual no hay libertad ni reposo en las sociedades humanas, es á un mismo tiempo la expresión más pura del derecho y la fuente de la vida.

La muerte del Duque de Orleáns expone el Trono de Francia á ser ocupado en breve por un niño que tiene ahora cuatro años. Las épocas de las tutorías, siempre aciagas y borrascosas aun en tiempos tranquilos, y cuando la dinastía reinante ha echado hondas raíces en el suelo, son doblemente aciagas y borrascosas en tiempos de turbulencias y trastornos, y cuando el Cetro es disputado por un pretendiente que cuenta con partidarios dentro y con simpatías en la Europa. Los trastornos y los desastres se aumentan cuando la potestad suprema está disputada por muchos pretendientes, porque entonces llama á las puertas de la sociedad con golpes redoblados, no sólo la guerra, sino también la anarquía. Este cabalmente puede ser el resultado de la catástrofe que llora la Francia y que lamenta la Europa, y que puede desencadenar los huracanes por el mundo.

La potestad suprema en Francia está disputada por los partidarios de la legitimidad y por los de la soberanía activa del pueblo, por la revolución y por Enrique V. Uno de aquellos Príncipes que Dios da á los pueblos en el día de su misericordia¹, ha podido defender á la Francia, por espacio de doce años, contra las pretensiones de los que quieren restaurar lo que no sería restaurado sin lágrimas, y los que quieren introducir innovaciones que no podrían introducirse sin sangre. El Rey de los franceses, sabio aun entre los sabios y previsor aun entre los más previsores, ha llevado á cabo la empresa más ardua entre cuantas pueden acometerse: la de gobernar á una nación

¹ No se olvide que el Reino de Luis Felipe de Orleáns es el bello ideal de la escuela liberal doctrinaria, á la cual pertenecía desdichadamente nuestro Donoso.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de donde han desaparecido casi de todo punto las ideas de gobierno; la de gobernarla al día siguiente de una revolución que dió al traste con la cosa más santa y con el principio más augusto: con el principio de la legitimidad y con la dinastía de sus Reyes; la de gobernarla viendo al otro lado de sus fronteras alzarse en armas la Europa, y oyendo alrededor de sí el rugido de las facciones; la de gobernarla, en fin, cuando en cada casa de París había una fábrica de una nueva religión, de una nueva sociedad, de un nuevo Gobierno. En estas circunstancias ha gobernado Luis Felipe.

Vencida la Europa con tan noble espectáculo, depuso las armas, poniendo su esperanza en su alta sabiduría y en su consumada prudencia; y en cuanto á las facciones que bramaban alrededor de la nueva dinastía, sólo fueron poderosas para lanzar bramidos impotentes; un sólo error grave ha cometido este Príncipe: ese error ha consistido en su política respecto á nosotros. Pero la nación española llevará hoy su parte en el duelo universal, y dará testimonio de su noble, de su sincero dolor, al ver agobiado á tan poderoso Príncipe bajo el peso del más grande infortunio.

Cuando este Príncipe, ya anciano, descienda al sepulcro; cuando suba al Trono el augusto niño á quien por herencia corresponde, y cuando la autóridad Real esté ejercida por quien no la ha de ejercer ni por tiempo limitado ni en nombre propio, ¿dónde estará la mano poderosa para resistir á la revolución en las calles y al pretendiente en las fronteras? ¿Dónde estará la mano respetada que, al levantarse, infunda respeto á la Europa y ponga silencio á las pasiones? Esta es la cuestión para la Francia.

Cuando llegue á faltar Luis Felipe, y el Estado caiga en tutorías, ¿dónde está la prenda de estabilidad y de reposo para la Europa? ¿Quién puede decir hasta qué punto la Francia, abandonada á sí misma, puede alterar el equilibrio europeo? ¿Hasta qué punto puede respetar los tratados existentes? ¿Hasta qué punto puede respetar los derechos de las naciones? ¿Hasta

qué punto puede aceptar los principios que hoy constituyen el derecho público de todos los pueblos? ¿Hasta qué punto puede alterar las alianzas que hoy existen? ¿Servirá de prenda de estabilidad á la Europa la inestabilidad de las mayorías parlamentarias, ó acaso el resultado ciego de las urnas electorales, ó el inconstante flujo y reflujo de la opinión pública en la espantosa inestabilidad de sus mudanzas y sus giros? Esta es la cuestión para el mundo.

No hay, pues, nada que extrañar en la profunda sensación que esta catástrofe ha causado dentro y fuera de Francia; mientras que la nación francesa arrastra lutos, al otro lado del Canal y al otro lado del Rhin se descubren síntomas de dolor y sobresalto. Lo mismo, y con razón, sucederá á la hora que yo escribo al otro lado del Pirineo. La Francia, en los tiempos de su declinación como en los tiempos de su mayor pujanza y poderío, pesa mucho en la balanza y en el destino de las naciones. Justo es, pues, y natural que las naciones estén silenciosas y atentas, así cuando la Francia celebra sus alegrías, como cuando llora catástrofes y desventuras.

Más interesada España que ninguna otra nación en cuantas mudanzas y trastornos pueden ocurrir en Francia, procuraré tener á Uds. al corriente, no sólo de los sucesos, sino también del estado de los espíritus en esta nueva época que comienza con la muerte de un Príncipe y presenta todos los síntomas de los períodos críticos en la vida de las naciones. Por hoy he debido contentarme con fijar las grandes cuestiones que este acontecimiento promueve; en mi carta próxima le consideraré bajo otros y no menos interesantes aspectos.